

ESPRIT



Flux d'actualités

El regreso de la fuerza en el imaginario político

La reelección de Donald Trump manifiesta el regreso de la fuerza al centro del imaginario político estadounidense. Esta reactivación del gran relato de la frontera se revela tanto más seductora cuanto que responde al sentimiento de impotencia con una promesa de acción y de movimiento.

Éric Bertin

Junio 2025

Para describir un poder trumpiano que parece imponerse a todos como una fatalidad, se invoca la *hybris* como figura trágica de un poder narcisístico y sin medida. Es sorprendente observar con qué rapidez los actores políticos y los *mass-media* en su conjunto, tienden a normalizar este régimen en formación. Sin embargo las infracciones a las reglas del Estado de derecho, las violaciones de todo tipo se acumulan, en materia de relaciones internacionales, de libertades académicas, de respeto de los compromisos adquiridos, y la lista no deja de alargarse.

La brutalidad y el exceso se ha vuelto estilo político, manifiestos en forma de declaraciones radicales en la expresión y rudimentarios en el contenido. Y la relación de fuerzas constituiría el zócalo de la *praxis* política del primer dirigente del mundo. Sin embargo, si estas nociones se aplican indiscutiblemente al ethos de Trump y a su gobernanza, ellas pueden volverse un velo si uno busca caracterizar un poco más la singularidad de ese poder, así como también la naturaleza de sus resortes profundos y del efecto que ellos provocan. En efecto, la violencia y la brutalidad políticas tienden a banalizarse en el campo mediático¹, y reducir el trumpismo a esas nociones no hace otra cosa que inscribirlo en un marco esperado. En cuanto a la relación de fuerzas, ella está referida a una confrontación entre intencionalidades estratégicas diferentes², de las que tienen que ver y es necesario decirlo claramente, la mayor parte de las relaciones entre actores políticos. Y el recuerdo constante de la naturaleza transaccional de la confrontación trumpiana no hace sino subrayar la actualización «mercantil» que de ella hace el Republicano, sin que esto cambie fundamentalmente la esencia de la relación de fuerzas.

Este algo actúa, se impone y se difunde, fuera de control, en el espacio político estadounidense y más allá. Es difícil captar lo que es *este algo*, dado que se manifiesta bajo formas y modalidades múltiples. Y hay que remontarse a un nivel de generalidad suficiente como para tratar de caracterizarlo. *Este algo* parece tener que ver con la idea general de fuerza. La fuerza en tanto que principio primario está de vuelta al campo político, a partir de un epicentro individual que lo encarna de manera ejemplar. Este «regreso», más que un simple recuerdo, marca una forma de seducción de la fuerza, para no hablar de fascinación, en el momento político que atraviesan los EE. UU., pues ella responde a un desesperado sentimiento de impotencia. Conectada estrechamente con la acción, la fuerza hace al trumpismo seductor a pesar de sus excesos, abriendo para ello un horizonte que la democracia procedimental fatigada ya no lo ofrece sin duda. Es este principio general, y las formas de su despliegue, las que querríamos interrogar para captar mejor lo que está operando, y que se alimenta en un imaginario cultural revitalizado. Pues la recrudescencia de los *neo-westerns* vuelve a poner en circulación un flujo de representaciones culturales y de «grandes relatos» que podrían muy bien constituir la fuente ardiente y subterránea del imaginario político de la fuerza. Nos hemos interesado aquí en muchas de esas producciones culturales revisitando el género néo-western: *Godless* (Scott Frank, 2017); *Yellowstone* (Taylor Sheridan, 2018-2024); *1883* (Taylor Sheridan, 2021); *Wyatt Earp and the Cowboy War* (Patrick Reams, 2024); *Territory* (Greg McLean, 2024); *À l'aube de l'Amérique* (Peter Berg, 2025).

¹ Y engendrada particularmente por los efectos de las plataformas y de sus algoritmos. Ver Denis Bertrand, Alexandre Dézé, Jean-Louis Missika, «Banalisation de la violence politique et nouveau régime médiatique», *La Grande Conversation*, publicada en línea el 13 de marzo de 2023.

² Éric Landowski, *La société réfléchie*, Paris, Seuil, 1989, p. 232.

Fuerza, potencia, poder

Comencemos con la fuerza: dibuja sus contornos distinguiéndose de sus vecinos que son la potencia y el poder. Estos tres conceptos tienen que ver con regímenes de diferentes sentidos. La potencia designa un poderío, una capacidad de acción que puede permanecer latente y que señala el modo de una autoridad legítima (la potencia de un Estado, el poderío divino). La fuerza, ella, es la actualización de esta virtualidad en acto: pertenece al régimen del hacer. Ella es un *poder de actuar*. Se expresa por ejemplo en los actos de habla, es decir en la acción que se efectúa por el hecho de decirlo³. Citemos el ejemplo del acto realizado por el hecho de decir algo: «Bautizo este barco el Queen Elisabeth». Esta dimensión performativa del lenguaje⁴, popularizada por Austin, regularmente se la invoca para caracterizar la práctica discursiva de la política de Trump. El poder, en su acepción corriente, se topa con una semantización política que lo reduce a una estructura que produce efectos (que legitiman, que institucionalizan), antes que con actores como detentadores de las modalidades del actuar.

De este modo la fuerza se encuentra en la fuente de esos conceptos vecinos, como una masa disponible para significaciones plurívocas. Tratemos de precisar los universos de sentido y los imaginarios que ella dibuja. La fuerza se define ante todo por los efectos que produce, las limitaciones que ejerce sobre sujetos u objetos. Pertenece por ello a la esfera de la acción⁵ y de las transformaciones. Y en este sentido, ella «pesa», y encuentra en esta lógica accional otras fuerzas que interactúan con ella oponiéndole resistencias o contra-proposiciones.

Reencontramos aquí la lógica de la relación de fuerzas, que se encarna concretamente en actores y en situaciones. De esta manera se repite a diestra y siniestra que Trump actúa siguiendo «la ley del más fuerte», sin ver quizás lo que este imaginario físico y corporal induce. Pues en el origen de la esfera de acción, la fuerza es ante todo ese primer «movimiento interior⁶», esa energía que sacude al ser en su sensibilidad y sus afectos. Este movimiento interior, irresistible y con frecuencia involuntario, muestra el anclaje fenomenológico de la fuerza. Ella es este flujo energético que conecta al sujeto con su entorno y lo inscribe en un modo sensible hecho de tensiones.

Más allá o más acá de la potencia instituida, la fuerza es pues primeramente ese principio de movimiento, interior, y de puesta en movimiento. Es esta dimensión motriz y energética de la fuerza —que «mueve» y que «remueve» interiormente— la que despliega sus ondas de choque e impone su racionalidad al orden político internacional desde el epicentro trumpiano. Como bien lo ha mostrado el semiótico y fenomenólogo Jean-Claude Coquet, el cuerpo sensible es la sede de esta fuerza irresistible e inmanente⁷. Ella libera en el discurso y las acciones pulsiones e impulsos que nos rebasan y nos desplazan. Esta lógica de la sacudida y de la reventazón parece imponerse actualmente como el principio dominante de un orden infra político o proto político.

³ Bruno Ambroise «L'illocutoire et le perlocutoire: Les enjeux d'une distinction fondatrice», in Sandra Laugier et Daniele Lorenzini, *Perlocutoire!*, Collection de l'ISJPS, 2021, p. 4.

⁴ John Langshaw Austin, *¿Cómo hacer cosas con palabras?*, Barcelona: Paidós, 1971.

⁵ Nicolas Couégnas, Sophie Anquetil. «Introduction Du sens à l'action. Une rencontre entre sémiotique et pragmatique autour du concept de «force» », *Actes Sémiotiques* [En línea]. 2025, n° 132, p. 3.

⁶ Jean-Claude Coquet, *La quête du sens. Le langage en question*, Paris, PUF, p. 10.

⁷ *Ibid.*, p. 11 ss.

Shock and Awe

La piedra angular de la fuerza trumpiana aparece como «irresistible». El presidente norteamericano, y su entorno, nos muestran en efecto que esta fuerza lleva en sí su propia justificación (y fundamenta así su legitimidad de hecho) puesto que nada se le resiste, o muy poco. Auto-justificada por la simple necesidad de «avanzar», frente al inmovilismo, ella es transgresiva de todos los sistemas de regulación que deberían contenerla, retenerla en su movimiento. Se presenta así como una contundente respuesta al sentimiento de impotencia y de ataduras que recorre la política en sus instituciones y mecanismos democráticos, como lo ilustra bien la desilusionada expresión gringa «*Do-Nothing Congress*» < “un Congreso que no hace nada”>. A través de diferentes manifestaciones, se opera visiblemente la reactivación en EE. UU. de un imaginario de la fuerza, desbocada y no regulada, como modo de resolución de las confrontaciones.

Ciertamente, cantidad de decretos y declaraciones terminan por no tener efectos, pero la impresión que dejan es la de una marea que avanza irresistiblemente, que nuestra racionalidad democrática, compleja y condicional, apenas si puede contener. La doctrina «*Shock and awe*» ilustra perfectamente el dominio somático de este movimiento irresistible. En el origen fue una doctrina militar que operó en la invasión de Irak por parte del ejército, y que busca establecer una dominación rápida del adversario por «el shock y el asombro». Ha sido recuperada por los estrategas del régimen y por los *media* para calificar este período inicial del segundo mandato.

Este régimen de fuerza irresistible que estupefacta por su propio movimiento y deja perplejo, se manifiesta en diferentes modalidades. Su principal modo operatorio reposa sobre la intimidación. Su forma más ruidosa reposa sobre la asunción explícita de un registro discursivo fundado en la agresión y la agresividad. Lo que benignamente queda ilustrado por una de las numerosas declaraciones del vice-presidente JD Vance sobre la necesaria adecuación del mundo académico: «Debemos atacar honesta y agresivamente a las universidades de este país»⁸. Pero también es la forma más superficial. Más allá del discurso y más profundamente, la intimidación consiste en ejercer una presión sobre la competencia para actuar o no actuar de un actor. La lógica de la intimidación no se limita a su finalidad pragmática: es obligar a alguien a *hacer* o a *no hacer* algo. Afecta su sensibilidad, su «fuerza interior» congelándola de miedo («Shock and awe»), en una indeterminación que precede la sumisión. Se podría decir que paraliza pues desde el estómago, desmoronando la resistencia de los actores. El miedo «*saca su nobleza del vientre*», como lo recuerda Coquet citando el *Calígula* de Camus, «*ella entraba el cuerpo, es decir: lo bloquea*». Fue este shock el que padeció la universidad de Columbia en New York, amenazada con recortes presupuestales debido a las movilizaciones estudiantiles por Gaza. Ella no solamente cedió sino que este ataque sin precedentes contra la libertad académica «petrificó» la comunidad académica, y no suscitó ninguna reacción de envergadura⁹. Los efectos de la fuerza no se limitan a una economía de las relaciones de poder convencionales, de las que se sueldan por medio de ganancias y pérdidas pragmáticas. Incluso si no se ejecuta (la amenaza por ejemplo), su coste es «interior», actúa sobre las sensibilidades y provoca la inmovilización y la desorientación de los actores.

⁸ *Le Monde*, 25 de abril de 2025.

⁹ *Ibid.*

La política del hecho cumplido ilustra también el poder de engendramiento de una fuerza que no encuentra «resistencia» a su avance. La ausencia de retroacción, es decir de respuesta o de reacción de retorno, marca, de alguna manera la instauración de un nuevo estado de hecho, y «desplaza» por ello mismo los límites del poder ejecutivo. Pues es claramente la ausencia de contradicción eficiente en el plano pragmático¹⁰ —y por ende la neutralización de una «fuerza» oposicional— que instaura la legitimación de hecho, el reconocimiento de un nuevo «estado de cosas». El hecho cumplido subraya la incapacidad de un sistema de reglas o de regulación para parar o para contener eficazmente la fuerza en movimiento. No solamente hace que fracasen los sistemas de reglas que fundamentan la vida colectiva, sino que pone en escena de manera burlona y distorsionada la *debilidad* de esas reglas, en su impotencia inmediata para constituirse en fuerza. Esto es lo que sucede cuando la nueva administración despide a miles de funcionarios públicos aturridos en su rutina, tratando con desprecio los recursos judiciales, apostando a que su lentitud significa ineficiencia y obligándolos a encontrar otros medios de existencia.

También podemos mencionar el cruce permanente de fronteras, imagen de la fuerza que avanza, que se expresa especialmente en los desplazamientos operados en el lenguaje. Fiel a su lógica transgresiva, Trump decide sobre la recategorización de una secuencia política transformándole su estatus para afectarla arbitrariamente a otra clase de situaciones. Por ejemplo el drama de la reunión bilateral con el presidente Zelensky en la Oficina oval, desplazado hacia otra categoría de situaciones: «Seguro que va a ser un buen momento televisivo».

El relato de la frontera

Este regreso de la fuerza no contenida y desreguladora como modalidad política en los EE. UU. no debe su fascinación y su eficacia a su sola encarnación espectacular y funesta en una ocurrencia individual. Ella reactiva la matriz del «gran relato» norteamericano, y más profundamente lo que es constitutivo de un imaginario fundacional para este último. Recordemos que la primera de las características de los imaginarios sociales, ampliamente definidos por Castoriadis, es la de procurar a las sociedades un conjunto de representaciones de sí. El imaginario social es el reservorio de las representaciones que los miembros de una comunidad utilizan para interpretar las situaciones y el mundo que los rodean¹¹.

Para ser más exactos, muchos «grandes relatos» están imbricados y entran en tensión en este imaginario norteamericano. El mito de la Ciudad colocada en la Colina por ejemplo, traída por comunidades puritanas inglesas del siglo XVIII, investidos de una misión bíblica de crear una nueva Jerusalén celeste, va a aportar una justificación moral y religiosa a las conquistas territoriales. La expedición Lewis & Clark, lanzada en 1804, también nutre este imaginario, pero instala en él otro relato. El de una vasta expedición científica llevada a cabo con el objetivo civilizacional de acrecentar «conocimientos» sobre los Amerindios, la fauna y la flora al oeste del Missouri y hasta el Pacífico, que justifica la expansión territorial por el progreso científico. Claro que hay otros relatos que recortan a los anteriores al mismo tiempo que se

¹⁰ Nos referimos aquí a la pragmática del lenguaje estadounidense, dimensión por la cual dos interlocutores actúan el uno sobre el otro y transforman recíprocamente sus acciones. Ver Algirdas-Julien Greimas & Joseph Courtés, *Sémiotique. Dictionnaire raisonné de la théorie du langage*, Paris, Hachette, 1993, p. 288.

¹¹ Cornelius Castoriadis, *L'institution imaginaire de la société*, Paris, PUF, 1975, pp. 292-296.

distinguen de ellos, como el de la Guerra de Secesión o el del Sur profundo y sus plantaciones. Casi todos tienen en común este imaginario de la frontera y de la dinámica de movimiento irresistible que lo sub-tiende. Y todos mantienen una estrecha relación con la fuerza y con la naturaleza. Este relato de la «Frontera» es el que nos interesa, pues resuena con ese siglo XIX de referencia para Trump: el de la conquista del Oeste, el del expansionismo y del imperialismo norteamericano.

Es precisamente este imaginario de la fuerza el que vemos reactivarse en la extraña correspondencia y concomitancia entre las modalidades de acción del régimen trumpiano y las producciones culturales de masas que tienen que ver con el género del neo-western. La recrudescencia de las series, difundidas a gran escala en las plataformas de streaming, que tienen por telón de fondo la gesta de los colonos americanos, es en efecto sorprendente. En sí mismo el género neo-western no es algo nuevo, pero merece que le pongamos atención a la proliferación concomitante de algunos de sus representantes más conspicuos con el período del trumpismo político. Ya hemos citado los principales al comienzo del texto, sin que la lista sea de ninguna manera exhaustiva.

Si las intrigas pueden variar, todas reconducen a su manera un «gran relato¹²» y un imaginario común: el de la fuerza en movimiento, que debe avanzar sin cesar como la condición misma de su existencia; y el de la fuerza como único esquema de resolución de las confrontaciones y de los obstáculos, dejando de lado y descalificando toda posibilidad de regulación en el imaginario social. Todas estas obras establecen una suerte de homologación entre la fuerza inherente a los espacios sin fin de esta naturaleza que hay que atravesar y conquistar, y la «fuerza interior» de los actores, movidos por la imperiosa necesidad de avanzar, sin estado de alma. En estos términos Shea Brennan, el líder del convoy en 1883 se dirige a los colonos europeos a los que acompaña: «*No sois mas que pioneros. No tenéis ni casa ni trabajo. Sólo tenéis esta travesía*». «*No os detengáis*» es su mantra favorito. Hay que estar siempre en movimiento y avanzar, esta es la condición para no morir. Esta mitología de la energética del movimiento está escandida por motivos recurrentes: la sacudida del convoy, la atravesada del río, la carrera de caballos, el invierno que fija en la inmovilidad. Este motivo de la energía en el corazón de todas las cosas, y de la sacralización de la carrera hacia adelante, ¿no es también constitutiva del capitalismo?

¿Dueño y poseedor de la naturaleza?

Aquí es central la relación entre el hombre y la naturaleza. Esta es una cuestión que afecta de una manera más amplia a una grandísima parte de la producción literaria y cinematográfica estadounidense. Los diferentes relatos fundadores que hemos evocado ponen en escena de manera diferente cada uno el vínculo del hombre con la naturaleza, por una parte, y por la otra la cuestión de la «fuerza bruta», liberada de las trabas de la civilización. Pero el relato de la Frontera, actualizado en los neo-westerns, establece una articulación particular entre esos términos, cercana del pensamiento animista¹³: la fuerza brutal y hostil de la naturaleza, concebida como su ser profundo, parece transferirse irremediabilmente a los hombres que la atraviesan, desde entonces habitados por aquella misma fuerza. La violencia bruta de las relaciones entre los hombres, o entre los hombres y el entorno se carga pues de un sentido antropológico, superando el simple código de naturalización y de estetización de la violencia

¹² Jean-François Lyotard, *La Condición postmoderna*, Paris, Éditions de Minuit, 1979.

¹³ Philippe Descola, *Mas allá de naturaleza y cultura*, Paris, Gallimard, 2005, pp. 175-177.

instalada por Netflix. La justificación ontológica de la fuerza bruta por parte de este imaginario serial contribuye, involuntariamente o no, a favorecer las condiciones de aceptabilidad social y política de esta última, como si ella fuese el horizonte irrebalsable de la América y su destino último. «Las gentes dicen que la muerte se esconde por todas partes aquí. El clima, la tierra. Uno aprende a vivir con. Es lo que nos constituye». Las palabras de la heroína de *Territory* (aunque sea una serie australiana) traducen esta ontología animista. Encuentran una expresión visual en la imagen de continuidad entre los seres de esta fuerza irresistible, representada por el río que corre, el cocodrilo que lo habita, y prolongadas «naturalmente» por el revolver puntiagudo del dueño de la finca. En este imaginario en el que únicamente el que «se mueve» sobrevive y se impone, la fuerza en movimiento justifica todas las acciones y todos los sacrificios. Es a la vez praxis y ontología. «*Has arrancado una vida para que sobrevivamos*» le dice James Dutton a su hijo John cuando este mata a un animal por primera vez (1883).

Correspondencias y armonías secretas toman así todo su sentido. En momentos en que Donald Trump exhuma al presidente Mc Kinley (1897-1901) como referencia en sus discursos, producciones culturales de masas han también emprendido reinterpretar los grandes esquemas culturales de aquel período de la frontera, donde el apoderarse de nuevos territorios y buscar dominar en ellos a la naturaleza está igualmente alimentado, en segunda línea por así decirlo, por la liberación de una energía capitalista que sólo conoce la carrera hacia adelante y el «siempre más». Por todas partes, en esas películas y estas series, sólo vemos la rompiente de fuerzas que corta la respiración. Pero que se impone como lo más natural del mundo. *Shock and awe*. Sin pretender una solución de continuidad entre las formas del *soft power* y las del *hard power*, esta correspondencia debe alertarnos. Ella contribuye a naturalizar en el imaginario social la fuerza como la única condición de posibilidad del «movimiento» (avanzar, progresar). Y a instalarla más ampliamente como esquema fundador del actuar político gringo. En el cruce de la política y de la ficción, se difunde una racionalidad nefasta que querría que todo lo que no puede oponerse simétricamente al estallido de la fuerza no es sino debilidad. ¿Será que tenemos que esperar a que la fascinación por la fuerza y su imaginario se reformen, o llegar a repensar contra-propuestas de imaginarios en los que, por ejemplo la firmeza se opondría a la fuerza, y no la debilidad?

Traducido por Luis-Alfonso Paláu, Envigado, co, junio 11 de 2025



Flux d'actualités

Una contra-revolución moderna

¿Cómo tenemos que comprender los repetidos asaltos de Donald Trump contra las instituciones democráticas y la sociedad civil americana? Más allá del espectáculo permanente mantenido por una personalidad fuera-de-norma, hay que ver aquí, según Bernard Harcourt, el episodio más reciente de una «contra-revolución moderna», cuya matriz es ya antigua en el historia de los EE. UU..

Bernard E. Harcourt

Mayo 2025

En un torbellino de decretos ejecutivos y de declaraciones de urgencia, el presidente Donald Trump se ha lanzado hacha en mano contra los EE. UU. y el orden mundial. Desmantela trozos enteros de la administración, cierra agencias, licencia funcionarios federales. Expulsa residentes permanentes por delitos de opinión protegidos por la primera enmienda, revoca las visas de estudiantes extranjeros y manda inmigrantes a Guantánamo Bay y a una prisión

gigante en el Salvador. Se comprometió a abolir el derecho a ser ciudadano estadounidense por haber nacido en suelo de los USA y a privar de financiamiento a las universidades que hacen investigación científica. Todos los días lanza una nueva ofensiva o cambia bruscamente de rumbo, desestabilizando a sus detractores al mismo tiempo que borra su pista.

En su base electoral sigue siendo extremadamente popular, incluso si su cota global ha caído a niveles históricamente bajos. Sus opositores, sin embargo, dudan aún sobre la manera de atacarlo. Lo tratan de fascista, de autoritario, de tirano, de cleptócrata a la mano de los multimillonarios de la tecno, estafador, impostor venido de la telerealidad, encarnación de la masculinidad tóxica, bruto. Pero ninguna de estas etiquetas da plenamente cuenta de la amplitud ni de la coherencia de lo que se juega hoy en los EE. UU.. Estos diagnósticos se concentran demasiado en una personalidad individual, mientras que ésta, como un virtuoso del ilusionismo, se dedica a mantener un público cautivo por medio de un espectáculo permanente para divertir. Habrá pues que encontrarles lugar a estas evoluciones radicales en una perspectiva mucho más profunda. No solamente porque muchas de ellas estaban ya anunciadas en el «Project 2025» —una hoja de ruta de 900 páginas— sino también porque se inscriben en una dinámica mundial que ha permitido la emergencia de líderes de extrema derecha por todas partes en el globo.

En realidad, la administración Trump II representa *la fase de demolición de la última ofensiva de una contra-revolución que comenzó hace ya muchos decenios*. El propio militante conservador Christopher Rufo lo reconocía ya en una reciente entrevista al *New York Times*: «*Estamos actualmente en una contra-revolución. Una revolución contra la revolución*¹⁴». De hecho, los actos del presidente Trump en el curso de los cien primeros días de su segundo mandato son el último episodio de una vasta y coherente contra-revolución, cuyo alcance es a la vez histórico y mundial.

Al respecto, tenemos que volver absolutamente al análisis de Marx en *el 18 Brumario de Louis Bonaparte*, donde explicaba que la ascensión de Louis-Napoléon no era simplemente la «*historia de un gran hombre*». Lo que Marx buscaba demostrar era, en sus propios términos, «*cómo la lucha de clases creó en Francia las circunstancias y las condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe*»¹⁵. Se tiene tendencia a subrayar el humor de esta frase, en detrimento de su alcance conceptual. Pero la apuesta es claramente la de concentrar nuestro diagnóstico sobre los conflictos sociales y las fuerzas económicas más amplias que son el motor de la historia a escala mundial y no sobre la trayectoria de un solo individuo, incluso cuando ellos evocan una mediocridad grotesca.

No tratamos de minimizar la extravagancia o la radicalidad de los “numeritos” cotidianos del presidente Trump: lo que Marx llamaba, a propósito de Louis-Napoléon, «*dar todos los días un golpe de Estado en miniatura*»¹⁶. Pero en vez de dejarnos hipnotizar por esos trucos de prestidigitador vamos a tratar de comprender la estrategia que de conjunto que los motiva.

¹⁴ Ver, “The Conservative Activist Pushing Trump to Attack US Colleges”, *The Daily*, 11 abril 2025.

¹⁵ Karl Marx, «Prefacio del autor a la segunda edición alemana (1869)», en *El dieciocho brumario de Louis Bonaparte [1852]*, <
https://aulavirtual4.unl.edu.ar/pluginfile.php/7094/mod_resource/content/1/18_brumario_de_luis_bonaparte_Karl_Marx_.pdf >

¹⁶ *Ibid.*, p. 2.

Los métodos

En los primeros meses de su segundo mandato, el presidente Trump ha desplegado tres estrategias principales:

(1) *Designar a los enemigos interiores.* Con un récord de 143 decretos presidenciales firmados el 6 de mayo de 2025 –más que cualquier otro presidente estadounidense, incluido Franklin D. Roosevelt– Donald Trump colocó en su línea de mira una serie de objetivos, que ha erigido en enemigos internos: los beneficiarios de las políticas que favorecen la diversidad y la inclusión, conocidas como D.E.I (es decir los afro-americanos, hispanos, minusválidos o transgéneros), «la ideología de género» (es decir las personas LGBTQ+), los defensores de la lucha contra el cambio climático (o quien quiera alimentar supuestamente «la ansiedad climática»), los inmigrantes y los estudiantes extranjeros, las grandes universidades y centros de investigación, los funcionarios federales, y toda persona que haya investigado o perseguido a Trump en el pasado.

Un método clave por diabolizar esos enemigos internos consiste en designarlos como peligrosos y privarlos de su protección jurídica. Trump inscribió al grupo de narcotráfico el *Tren de Aragua* en la lista de las organizaciones terroristas extranjeras lo que le permite colgarle al cuello de todo inmigrante venezolano el mote de terrorista potencial. Igualmente ha invocado la ley *Alien Enemies Act* de 1798 para calificar a los inmigrantes venezolanos como enemigos sociales. Trump considera que la Corte penal internacional de La Haya constituye «una amenaza inhabitual y extraordinaria para la seguridad nacional y la política extranjera de los EE. UU.»; lo que implica que sus empleados estadounidenses bien pueden ser objeto de sanciones de parte de su propio gobierno. En fin, su administración se apoya en el estatus de organización terrorista que tiene Hamas para presentar a todas las personas que manifiestan contra la guerra israelita en Gaza como apologistas del terrorismo, incluso aunque su libertad de expresión esté protegida por la primera enmienda.

Otra manera de señalar a esos supuestos enemigos internos consiste en decretar situaciones de urgencia circunscritas, apoyándose para ello en textos como la *International Emergency Economic Powers Act*, el *National Emergencies Act* o también en el *Alien Enemies Act* de 1798. El presidente Trump ha proclamado ya una docena de tales situaciones de urgencia. Una de ellas concierne a la frontera sur de los EE. UU., de ahí en adelante bajo vigilancia militar. Ha invocado «la amenaza extraordinaria que son los extranjeros ilegales y las drogas, incluido el mortal fentanilo» como justificación para imponerle derechos de aduana al Canadá, a la China y a México¹⁷. Igualmente declaró un estado de urgencia en razón de «la producción, del transporte, del refinamiento y de la producción energética insuficientes de los EE. UU.».

El jurista nazi Carl Schmitt definía al soberano como «el que decide lo que es excepción¹⁸». Muchos decenios más tarde, el filósofo Giorgio Agamben consideraba que las sociedades occidentales habían entrado en «un estado de excepción permanente¹⁹». Pero Trump no busca invocar un estado

¹⁷ Ver, “President Donald J. Trump imposes tariffs on imports from Canada, Mexico and China“, *The White House*, 1º de febrero de 2025.

¹⁸ Carl Schmitt, *Political Theology: Four Chapters on the Concept of Sovereignty*, trans. George Schwab, Cambridge, MIT Press, 1985, p. 5.

¹⁹ Giorgio Agamben, *State of Exception*, trans. Kevin Attell, Chicago, University of Chicago, 2005, p. 87.

de excepción generalizado: utiliza más bien esos estado de urgencia irrisorios como procedimientos técnicos para extender el poder ejecutivo y diabolizar a los enemigos internos. Estos procedimientos no son sino un instrumento entre otros, que le permiten al presidente hacerse con las zonas grises del derecho y extender así su territorio (como en los casos de expulsión de residentes permanentes, o de la supresión de financiamientos universitarios so capa del «*Title VI*» (disposiciones anti-discriminación del Civil Rights Act de 1964)²⁰). Michel Foucault hablaba de estas prácticas como de «ilegalismos»²¹: ellas crean un espacio situado entre lo legal y lo ilegal, en el que es la relación de fuerza política la que determina lo que está permitido y lo que está prohibido.

(2) *Eliminar a los enemigos internos.* En un segundo tiempo, el presidente Trump se dedica a erradicar o a neutralizar esos enemigos percibidos. Corta los programas de D.E.I., no solamente en el seno de la administración federal, sino igualmente en el sector privado²². Su administración busca ponerle fin a las ayudas públicas para los tratamientos de transición de género, prohibiendo especialmente su reembolso para los menores de menos de 19 años²³. Más de 1.500 visas de estudiantes han sido revocadas en más de un centenar de establecimientos de enseñanza superior. Decenas de miles de empleos de funcionarios federales han sido suprimidos. Estudiantes internacionales y residentes permanentes que han protestado contra la manera como Israel conduce la guerra de Gaza son objeto de procedimientos de deportación. El presidente Trump prometió enviar 30.000 inmigrantes a Guantánamo. Se hacen redadas de inmigrantes a nivel nacional; algunas han significado el arresto de centenares de persona a la vez²⁴.

(3) *Ganarse los corazones y los espíritus del pueblo norteamericano.* Cada día trae un nuevo episodio espectacular de lo que más se parece a una emisión de telerrealidad. Según un artículo del *New York Times*, M. Trump habría declarado a sus consejeros, antes incluso de su entrada en funciones en 2017, que ellos deberían «concebir cada jornada presidencial como un episodio de una serie televisiva en la que él aterrara a sus adversarios». Esta lógica ha sido llevada al paroxismo, especialmente gracias a la revolución tecnológica. Elon Musk describía otra vez a Twitter (antes de comprarla) como un punto de entrada en el inconscient colectivo del pueblo norteamericano. En la actualidad, *Truth Social & X* le ofrecen a Trump, así como a Musk y a otras figuras del mismo orden, un contacto directo y permanente con la libido nacional. Para su base electoral MAGA, esto constituye una fuente inagotable de diversión y de validación ideológica. Al final de la escena de ataque verbal lanzado contra el presidente Volodymyr Zelensky en la Oficina oval en febrero último, Trump confesó: «*Esto va a hacer buena tele.*»

²⁰ En *The Counterrevolution: How Our Government Went to War Against Its Own Citizens*, Basic Books, 2018, en el capítulo 12, sostengo que se trata de un estado de legalidad y no de un estado de excepción.

²¹ Foucault Michel, *La société punitive: cours au Collège de France, 1972-1973*, Paris, EHESS Gallimard Seuil (coll. «Hautes études»), 2013.

²² Ver «France accuses US diplomats of meddling with a ‘diktat’ about Trump’s DEI policies [en línea]», *The Associated Press*, 30 de marzo de 2025.

²³ Ver Alejandra O’Connell-Domenech, “CMS tells states Medicaid funds cannot be used for gender-affirming care”, *The Hill*, 11 de abril de 2025.

²⁴ Ver Ana FAGUY, “Mass arrests in nationwide US immigration crackdown [en línea]”, *BBC News*, 27 de enero de 2025.

Estas tres estrategias impregnan pues el segundo mandato del presidente Trump. Para captar plenamente su alcance, conviene tomar cierta distancia – conceptual, histórica y contextualmente.

Un marco de referencia

Para explicar lo que entiendo por *la fase de demolición de la última ofensiva de una contra-revolución emprendida desde hace muchos decenios*, regresemos sobre cada uno de esos términos.

Primero, otra «*contra-revolución*» está en curso desde la invención de la «*guerra moderna*» en los años 1950 y 1960, por parte de los comandantes franceses, británicos y americanos en momentos de las guerras de independencia de Algeria, Indochina, Malasia, o Vietnam y en otras antiguas colonias. Estas campañas dieron nacimiento a lógicas y a estrategias propias de la guerra contra-insurreccional – designadas igualmente con los nombres de guerra no convencional, guerra antiguerrilla o, para retomar el término francés, «*guerra moderna*». Estas lógicas fueron luego importadas y aplicadas en el territorio de las metrópolis.

La lógica de la «*guerra moderna*» reposa sobre una visión singular, esencialmente formulada por el pensamiento de Mao según el cual la sociedad se compone de tres grupos: una minoría revolucionaria activa, una amplia mayoría de ciudadanos pasivos susceptibles de ser influidos, y una pequeña minoría de contra-revolucionarios. La estrategia consiste pues, en primer lugar, recoger información total sobre la población con el fin de identificar a los enemigos internos; en segundo lugar, neutralizarlo; y en fin, enganchar la masa de los indecisos.

Estas estrategias se desplegaron primero en las colonias europeas y norteamericanas en el momento de las guerra de descolonización. Y luego del 11 de septiembre, los EE. UU. las han vuelto a desplegar en las guerras de Irak y de Afganistán. Bajo la presidencia de George W. Bush, se tradujeron en simulacros de ejecuciones, procedimientos como el *waterboarding*^{♦♦}, y la detención indefinida en Guantánamo; bajo Barack Obama, por asesinatos dirigidos por drones, la vigilancia generalizada de la población estadounidenses y la ejecución extrajudicial de un ciudadano americano en el extranjero. Estos métodos han sido perfeccionados por generales norteamericanos en el marco de una estrategia contra-insurreccional centrada en la población, luego inculcada a los soldados que a su vez la han difundido al conjunto de la población estadounidense.

Importar estas técnicas contra-insurreccionales para aplicarlas a su propia población tiene que ver con una *contra-revolución*. Herbert Marcuse empleaba ya este término en su obra *Contra-Revolución y Revuelta*, en 1972, para designar la represión de las manifestaciones contra la guerra del Vietnam en Kent State University & Jackson State College²⁵. En la medida en que esta contre-revolución es, y sigue siendo, un producto de la *guerra moderna* –por contraste con las contra-revoluciones anteriores que buscaban restaurar la monarquía–, propongo calificarla de *contra-revolución moderna*.

♦♦ < El ahogamiento simulado es una forma de tortura prohibida por el derecho internacional. Conozca su definición, historia y por qué Freedom from Torture se opone firmemente a él. >

²⁵ Herbert Marcuse, *Contra-Revolución y Revuelta*, México: Joaquín Mortiz, 1973, p. 1.

Segundo, la administración Trump II constituye una *nueva ofensiva* de esta contra-revolución moderna, pues no se trata de un fenómeno inédito, sino claramente de una recuperación de un proceso que ya había comenzado en suelo americano. Ha habido ofensivas anteriores, especialmente antes del 11 septiembre, con la «revolución conservadora» de Ronald Reagan y su guerra contra el Estado administrativo en los años 1980; o también en un período anterior, la represión de Richard Nixon a los militantes negros y anti-Vietnam, el programa COINTELPRO de J. Edgar Hoover, o la cacería de los comunistas de la era McCarthy.

He descrito este nuevo asalto en una obra titulada *The Counterrevolution: How Our Government Went to War Against Its Own Citizens*, publicado en febrero de 2018 bajo el primer mandato de Trump. Allí he sostenido que él inyectaba en el paradigma de la guerra contra-insurreccional una forme de populismo nacionalista blanco, que apuntaba en particular contra los musulmanes americanos, los inmigrantes de América latina y los manifestantes del movimiento Black Lives Matter²⁶. Este procesos culminó durante las manifestaciones que siguieron a la muerte de George Floyd en el verano de 2020, cuando el presidente Trump desplegó la 82ª división aeroportada en Washington D.C., y movilizó a la policía militar así como a un helicóptero Black Hawk del ejército como si el lugar fuera, según los términos del secretario de la Defensa Mark Esper, un «*campo de batalla que había que dominar*». La policía militar dispersó entonces a los manifestantes pacíficos con gases lacrimógenos y balas de caucho, dándole así al presidente Trump la ocasión salir de parada con Mark Esper y su general de más alta graduación, Mark A. Milley (con equipo de combate completo)



para terminar en una sesión de fotos notoria del presidente, con la Biblia en la mano, ante una



iglesia.

²⁶ Ver Bernard Harcourt, “How Trump Fuels the Fascist Right [en línea]”, *The New York Review*, 29 de noviembre de 2018.

Tercero, empleo el término de *face de demolición* en esta ofensiva, pues el presidente Trump se concentra de ahora en adelante en la estructura misma del Estado federal. Como buen promotor inmobiliario comprometido en una obra de renovación pesada, ataca con buldócer la arquitectura federal. Reduce drásticamente los efectivos de la función pública, cierra administraciones enteras (como la Agencia de los EE. UU. para el desarrollo internacional, USAID, o el Ministerio de educación), despide a los inspectores generales de 17 agencias diferentes²⁷ y toma el control de organismos que se consideraban independientes²⁸. Elon Musk y el nuevo *Department of Government Efficiency* (DOGE) anuncian recortes de 150 mil millones de dólares en el presupuesto federal (de acá al fin del año fiscal en septiembre de 2026), para lo que se licenciaron otros tantos miles de funcionarios. El presidente Trump está pues demoliendo el Estado administrativo, a una velocidad récord.

Los objetivos

De manera unilateral, en el sentido propio del término puesto que lo hizo firmando de su puño y letra un número récord de decretos, el presidente está creando una presidencia imperial sin contra-poderes ni mecanismos de regulación. Aunque es cierto que el partido republicano controla las dos cámaras del Congreso y le ha jurado fidelidad, el presidente Trump busca en lo posible hacer de caballero sólo, esquivando al poder legislativo. Habiendo asegurado una super-mayoría conservadora en la Corte suprema, se conforma para lo esencial en las decisiones de las jurisdicciones federales inferiores – convencido de que el poder de *«judicial review»* (control constitucional) de la Corte suprema terminará por darle la razón (lo que ya ha hecho en muchas ocasiones).

Este proyecto radical no está buscando suprimir el gobierno federal o delegar todo el poder en los Estados federados. No es una cuestión de *«states' rights»* (derechos de los Estados): el presidente Trump está listo para ejercer el poder federal contra todo lo que no esté de acuerdo con él en política local. Lo que busca más bien es hacer del Estado federal un instrumento más ágil así como más coercitivo, usando principalmente el poder de la policía: control de las fronteras, expulsiones masivas, interdicción de las políticas D.E.I. y de la pretendida «ideología de género», regulación del uso de las toillettes públicas, imposición de sanciones económicas y aduaneras, supervisión de las universidades y de las oficinas de abogados. En el solo dominio de la inmigración, la administración Trump ha propuesto, según el *New York Times*, *«un aumento de los gastos para la detención de los migrantes, equivalente a más de seis veces los niveles actuales»*²⁹. Se trata pues de promover un Estado federal policivo hiperactivo e intervencionista.

El presidente Trump utiliza igualmente el poder federal para acelerar la privatización de la economía norteamericana. Ronald Reagan ya había lanzado toda una ola de privatizaciones y de «re-regulaciones» (con frecuencia llamadas equivocadamente «desregulación»). Ya por aquella época, algunos denunciaban políticas «neoliberales» – pero hoy se trataría de un neoliberalismo completamente dopado, que reanuda con formas antiguas de corporativismo.

²⁷ Danielle Caputo, “The Significance of Firing Inspectors General: Explained [en línea]”, *Campaign Legal Center*, 31 de enero de 2025.

²⁸ Ver, “Fact Sheet: President Donald J. Trump Reins in Independent Agencies to Restore a Government that Answers to the American People [en línea]”, *The White House*, 18 de febrero de 2025.

²⁹ Ver Allison McCann, Alexandra Berzon & Hamed Aleaziz, “Trump Administration Aims to Spend \$45 Billion to Expand Immigrant Detention [en línea]”, *The New York Times*, 7 de abril de 2025.

Agencias públicas como la NASA sub-contratan sus misiones con empresas privadas tales como SpaceX, que generan gigantescos beneficios a los multimillonarios de las tecn. Durante la pandemia de COVID-19, la operación «Warp Speed» le permitió al gobierno federal inyectar miles de millones de dólares a los grupos Johnson & Johnson, AstraZeneca, Moderna, Novavax, Sanofi o GlaxoSmithKline. Estas participaciones llamadas «público-privadas», financiadas con el impuesto federal, actúan de ahora en adelante como modelo para la atribución de subvenciones para la investigación y el desarrollo en diversos sectores industriales. Este modelo recuerda el del Tercer Reich, que se apoyaba en poderosos consorcios privados como I.G. Farben, Krupp o Bosch. Paralelamente, las financiaciones federales destinadas a las asociaciones sin ánimo de lucro y a la investigación universitaria se evaporan. Pero no nos vayamos a engañar: lo que está operando acá es claramente una visión del Estado fuerte.

Una contra-revolución moderna

Estamos asistiendo pues a una contra-revolución moderna en la medida en que ésta reposa, en **primer** lugar, sobre la lógica y las estrategias brutales de la *guerra moderna*; en **segundo** lugar, sobre la concentración del poder ejecutivo entre las manos del equivalente funcional de un monarca absoluto, al mismo tiempo que se busca regresar a los valores universales que presidieron la fundación de los EE. UU. de América en 1776 o a su refundación en 1866; **tercero**, sobre el desmantelamiento del Estado administrativo americano tal y como se había constituido después del *New Deal*, concebido para proteger las clases medias y las más desfavorecidas; y **cuarto**, sobre una contra-revolución preventiva y anticipadora, según el marco analítico elaborado por el historiador Arno Mayer para estudiar las dinámicas contra-revolucionarias.

Por cierto que subsiste un desacuerdo profundo en cuanto a *la existencia misma* de una revolución verdadera a la que se opondría una tal reacción. Para figuras como Christopher Rufo o Steve Bannon, antiguos consejeros de Donald Trump, la apertura de las fronteras, la «inmigración incontrolada», la transformación de la familia nuclear, la teoría crítica de la raza y los estudios de género sería los signos de una empresa revolucionaria del «*wokismo*». Sin embargo, para muchos otros, todo esto es más bien una evolución que una revolución propiamente hablando.

Ya en 1972, Herbert Marcuse afirmaba a propósito de la represión policial de las manifestaciones contra la guerra del Vietnam: «*En general la contra-revolución es ampliamente preventiva; en el mundo occidental, ella lo es exclusivamente. No hay aquí una revolución reciente que habría que destruir, y tampoco hay una en ciernes*³⁰». De la misma manera, por mi parte yo no veo ninguna revolución verdadera, ni en la historia reciente, ni siquiera veo una que esté tomando forma. Y tanto menos cuanto que transformaciones importantes que se dieron después de los años 1960 se han podido deshacer tan fácilmente: el derecho al aborto ratificado por la sentencia *Roe v. Wade* ha sido revocado; los programas que favorecían la diversidad, la equidad y la inclusión (D.E.I.) han sido desmantelados; las protecciones de las personas transgéneros suprimidas. Sea

³⁰ Herbert Marcuse, *Contra-Revolución y Revuelta*, México: Joaquín Mortiz, 1973, p. 10.

lo que fuere, el asalto realizado por el presidente Trump contra esos avances se inscribe claramente en el marco de la «contra-revolución moderna».

Las fuerzas motrices

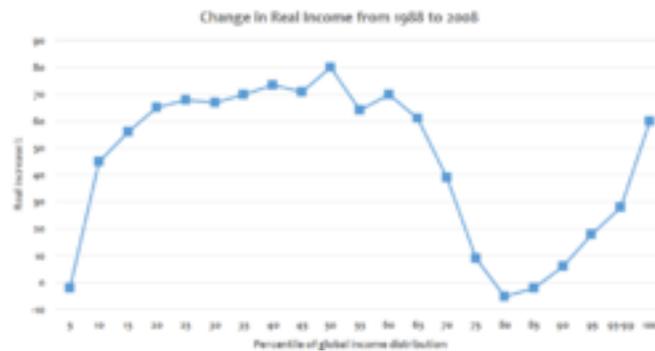
Se trata de una vasta ofensiva, y son dinámicas geopolíticas, macroeconómicas, sociales, tecnológicas, demográficas y culturales más amplias las que explican el ascenso de Donald Trump y el de dirigentes que comparten su visión a través de todo el mundo.

Por todas partes del planeta, las transformaciones geopolíticas y macroeconómicas – mundialización, financiarización, efectos del cambio climático, impulso de las tecnologías digitales, de las redes sociales y de la inteligencia artificial– han alimentado ataques virulentos contra los inmigrados. En los EE. UU. como en Europa del Oeste, el discurso anti-inmigración se ha vuelto central en los programas populistas nacionalistas, que predicán la defensa de las fronteras nacionales y el mejoramiento de la suerte de las poblaciones locales: «*America First*», «*La France aux Français*», «*Zeit für Deutschland*», el *Brexit*, y así sucesivamente.

El gráfico Lakner-Milanovic –conocido igualmente con el nombre de «curva del elefante»³¹– representa la evolución de los ingresos mundiales por percentil entre 1988 y 2008. Numerosos economistas, entre los cuales Paul Krugman, ven acá la prueba de los efectos deletéreos de la mundialización sobre las clases populares y medias de los países occidentales. Investigaciones no partidistas, como las del Pew Research Center, confirman que la distancia de riqueza entre las familias más ricas y las familias más pobres en los EE. UU. se ha más que duplicado entre 1989 y 2016³². En la mayor parte de los indicadores, las clases medias norteamericanas están en la actualidad en una peor postura que antes de la Gran Recesión de 2008; solo las capas más acomodadas de la sociedad han prosperado claramente desde entonces.

Ahora bien doce de los dieciséis últimos años han tenido presidencias demócratas –lo que significa que las desigualdades se han acrecentado bajo la dirección de un Partido demócrata que, después de Bill Clinton, adoptó una línea neoliberal y mantuvo a distancia a las figuras más progresistas como Bernie Sanders. La mundialización ha contribuido igualmente a la erosión de los sistemas bipartidistas en numerosos países, haciendo que los gobiernos se

³¹ Ver Dyllan Matthews, “The global top 1 percent earned twice as much as the bottom 50 percent in recent years



[en línea]”, *Vox*, 2 de febrero de 2018.

³² Ver Juliana Horowitz, Ruth Igielnik & Tanya Ardit, *Most Americans Say There Is Too Much Economic Inequality in the U.S., but Fewer Than Half Call It a Top Priority* [en línea], Washington D.C., Pew Research Center, 2020.

muestren reacios a implementar políticas de redistribución, lo que nutre de rebote al nacional-populismo.

Según las proyecciones de la Oficina de estadística norteamericana, de aquí al 2050, las personas no blancas serán más numerosas que los blancos no hispánicos en los EE. UU.³³. Estas evoluciones –o al menos las percepciones que de ellas tienen algunos– alimentan al movimiento MAGA, cuyos miembros son, en más de un 60%, blancos, cristianos, masculinos, jubilados, y con más de 65 años³⁴. El sentimiento de estancamiento social, conjugado con la inflación, alimenta en el seno de este movimiento un conjunto de creencias de odio. La teoría del «gran reemplazo»: los blancos estarían destinados a ser reemplazados por inmigrantes y trabajadores extranjeros. La idea de una «invasión criminal», los inmigrantes serían criminales, que hundirían al país al que habría que cerrar desde ya. Y según las corrientes radicales de exclusión de las personas trans, las personas transgéneros, y en particular las mujeres trans, representarían una amenaza existencial para la familia, la reproducción social y la civilización misma.

Las mutaciones culturales juegan igualmente un rol central, como Stuart Hall lo había mostrado en sus análisis del thatcherismo por los años 1980³⁵. Fox News fabrica la manera como los norteamericanos perciben su realidad política, así como las redes sociales, especialmente *Truth Social & X*, de acá en adelante en poder de la extrema derecha. Y este fenómeno vale igualmente para otros países, con magnates de los *mass-media* como Vincent Bolloré en Francia, Rupert Murdoch, australiano nacionalizado estadounidense. La propaganda política tiene ya un alcance mundial, y la información, que circula a una velocidad exponencial, es casi imposible de contener.

El nacional-populismo está actualmente en el corazón de la contra-revolución americana moderna, como lo está en Francia o en Alemania. Es el dogma central de la mayoría de los miembros del movimiento MAGA, incluidas sus figuras ideológicas tales como Stephen Miller, director adjunto de la política en la Casa Blanca, o Steve Bannon, que dirigía *Breitbart News*. En una entrevista reciente, Bannon recordó cómo había buscado influir en Donald Trump, y cómo este último le había correspondido, dándole cuerpo a su propia versión del nacional-populismo y del patriotismo.

Pero si Bannon ha afirmado con frecuencia querer «hacer que paguen los ricos»³⁶, sostenido alzas de impuestos para los más acomodados y para las empresas, y describe a los multimillonarios de la tecn. como «tecno-feudalistas»³⁷, por su parte Donald Trump terminó de aliado de los grandes magnates. Entre ellos figuran los multimillonarios de la tecn. presentes en su segunda investidura, pero también otro círculo de donantes y de benefactores como Timothy Mellon, Miriam Adelson o Linda McMahon, sin olvidar las élites republicanas

³³ Ver, “2023 National Population Projections Tables: Main Series [en línea]”, *United States Census Bureau*, febrero de 2025.

³⁴ Ver Rachel M. Blum & Christopher S. Parker, *Demographics & Group Affinities* [en línea], Panel Study of the MAGA Movement (PSMM), diciembre de 2021.

³⁵ Ver Stuart Hall, *Cultural Studies 1983: A Theoretical History*, Durham, Duke University Press, 2016, p. 23.

³⁶ Ver Ross Douthat, “Steve Bannon on ‘Broligarchs’ vs. Populism [en línea]”, *The New York Times*, 31 de enero de 2025.

³⁷ Ver Dominick Mastrangelo, “Bannon on Musk, Zuckerberg: ‘We’ll break these guys eventually’ [en línea]”, *The Hill*, 20 de enero de 2025.

tradicionales que, luego de haberlo combatido, terminaron por subirse al coche de la victoria³⁸. Esos ultra-ricos –que si estuvieran en Rusia se los calificaría de «oligarcas»– han comprendido perfectamente el interés que ellos tenían en dismantelar el Estado federal.

Donald Trump logró igualmente enganchar a todas esas poblaciones rurales que se veían como la antítesis de las élites y de los habitantes urbanos, a los que ellas acusan de haber traicionado los valores familiares. También sedujo a los evangélicos, los electores de la mayoría moral, y a los nacionalistas blancos (como lo ha ilustrado el encuentro de «*Unite the Right*» en Charlottesville en 2017). Y de acá en adelante cantidades cada vez mayores del electorado masculino negro y latino, que se salen del Partido demócrata.

El resultado es una coalición inesperada de aliados improbables. En la actualidad, tanto los multimillonarios como la base MAGA desean dismantelar el Estado federal regulador tal y como lo conocíamos, y reemplazarlo por un Estado policial más ágil, centrado en los gastos militares y policiales, y en la defensa de la familia tradicional, de las creencias conservadoras, de las fronteras y de los aranceles aduaneros.

Engels afirmaba que una revolución exigía audacia: «*Como diría Danton, el más grande maestro de la política revolucionaria: audacia, más audacia, ¡pero aún mucha más audacia!*»³⁹ Esta máxima también vale para las contra-revoluciones modernas. La «audacia de la esperanza» predicada en su tiempo por Barack Obama parece bien pálida comparada con lo que Donald Trump ha ordenado en cien días.

La revuelta

¿Será que Donald Trump si logrará en el curso de los cuatro próximos años reestructurar tan profundamente el Estado federal americano, al punto que es momento político constituirá un verdadero giro histórico, como lo fue el New Deal? Si así ocurre, debemos prepararnos para vivir en un país fundamentalmente diferente – así como también en un planeta completamente transformado. Este nuevo modo de gobierno va a la par con la negación del cambio climático, y es difícil imaginar que el resto del mundo pueda contener eficazmente el calentamiento sin la activa participación de los EE. UU.. En su obra *¡Menos! El decrecimiento es una filosofía*, Kohei Saito advierte las dos derivas posibles: un «fascismo climático» (desigualdades extremas y un poder estatal fuerte) o una «barbarie climática» (desigualdades extremas y poder estatal débil).

Pero una reacción de rechazo podría igualmente suscitar un movimiento del péndulo a favor del Estado administrativo, para no mencionar un más allá: hacia una forma de colectivismo igualitario o de cooperación reforzada⁴⁰. Habida cuenta del carácter ineluctable del cambio climático, Saito evoca también la hipótesis de un «maoísmo climático» (igualdad y Estado fuerte), y aboga por una cuarta vía: un «comunismo del decrecimiento» (igualdad por la vía de

³⁸ Ver Leo Kamin, “Here Are Trump’s Top Billionaire Donors [en línea]”, *Forbes*, 14 de agosto de 2024.

³⁹ Friedrich Engels, *Revolution and Counter-Revolution in Germany*, in MECW Vol. 11, p. 86.

⁴⁰ Bernard E. Harcourt, *Cooperation: a political, economic, and social theory*, New York, Columbia University Press, 2024.

los dispositivos cooperativos y mutualistas). Pero estos futuros alternativos suponen la emergencia de un verdadero movimiento social coordinado**.

Ahora bien, en los EE. UU., los demócratas parecen haber adoptado hasta el momento, para repetir la metáfora del estratega James Carville, una estrategia del fingimiento (*rope-a-dope*) a la Muhammad Ali. O incluso, según Carville, «acostarse y hacerse el muerto»: «*Dejar que los republicanos se hundan bajo su propio peso y hacer de suerte que los Americanos echen de menos nuestra presencia.*»

En este estadio el único contra-poder efectivo en los EE. UU. parece venir de los tribunales federales de primer instancia, que han suspendido temporalmente más de una docena de decretos presidenciales. Estas jurisdicciones han logrado hasta el momento entrabar o retardar la fase de demolición del Estado federal. Falta por saber cuánto tiempo el ejecutivo aceptará aún conformarse con esas sentencias. La crisis constitucional que temen muchos juristas quizás esté más cercana de lo que se piensa. La administración Trump está desafiando ya algunas decisiones judiciales, particularmente en los asuntos de expulsión. El vice-presidente Vance le dio el siguiente consejo al presidente Trump: «*si la Corte te bloquea, te presentas ante el país, como lo hizo Andrew Jackson, y declaras: “El presidente de la Corte suprema ha dictado su veredicto. Que venga ahora a aplicarlo.”*»⁴¹

Sin embargo por el momento, la multiplicación de los litigios alimenta una resistencia cada vez más grande. Voces de apoyo se han levantado en los *campus* a través del país cuando la universidad de Harvard se negó a someterse a una orden del gobierno Trump que le exigía una auditoría de sus departamentos académicos, y prefirió llevar el asunto ante los tribunales. Grandes manifestaciones se han organizado desde entonces a través del país.

Movilizar el marco de análisis de la «contra-revolución moderna» debe permitir abrir nuevas perspectivas para pensar las formas de resistencia y de revuelta. Después de todo existe una larga tradición de resistencia a las fuerzas contra-revolucionarias. Hay múltiples maneras de rebelarse, nos recuerda Marcuse desde el título mismo de su libro *Contra-revolución y revuelta*. Y la historia muestra que cuando los pueblos permanecen fieles a sus valores, las contra-revoluciones rara vez salen triunfantes.

Este ensayo fue publicado por primera vez en las páginas de [the ideas letter](#), el 1º de mayo de 2025. El texto fue traducido del inglés al francés por Leonard Castritius y del francés al español por Luis-Alfonso Paláu, Envigado, co, junio 23 de 2025.

** < Hay una frase de Paul Klee que insiste y se repite de puño y letra de Deleuze: “Nos falta esta última fuerza. Nos falta un pueblo”. Paláu >

⁴¹ Ver Ian Ward, “There’s No Need to Guess. JD Vance Is Ready to Ignore the Courts. [en línea]”, *POLITICO*, 11 de febrero de 2025.